

Guerra y muerte

EN TENOCHTITLAN

Descubrimientos en el Recinto de los Guerreros Águila

LEONARDO LÓPEZ LUJÁN*

Mictlantecuhtli era una de las deidades más veneradas por los mexicas cuando los españoles arribaron por primera vez a Mesoamérica. De acuerdo con las concepciones religiosas de la época, el “Señor del Mictlan” residía en el noveno piso del inframundo, lugar de frío y de oscuridad que era el destino final de todas aquellas personas fallecidas por causas naturales. Esta divinidad de la muerte era representada como un ser esquelético o semidescarnado.



FOTO: IGNACIO GUERRERA / RAICES

En la segunda mitad del siglo XV los mexicas decidieron ampliar una vez más el Recinto de los Guerreros Águila, quizá porque sus dimensiones y la calidad de sus acabados ya no eran dignas del esplendor que Tenochtitlan había alcanzado con las conquistas de los últimos años. Es muy probable que, al igual que en el caso del Templo Mayor, fuera el mismo Tlacaélel quien sugiriera al *Tlatoani*, supremo gobernante mexica, levantar un recinto más grande y más suntuoso para las ceremonias religiosas de la élite militar. El primer paso de dicha obra consistió en enterrar ritualmente y con todo cuidado las banquetas y las pinturas murales que decoraban las habitaciones, así como las impresionantes esculturas de cerámica que resguardaban los accesos principales. A continuación se rellenaron todas las cavidades con tierra y

* Arqueólogo. Investigador en el Templo Mayor INAH.



FOTO: IGNACIO GIBARRA / RAÍCES

Arriba:
El *Codex Magliabechiano* ilustra el culto que recibía una imagen del Dios de la Muerte, muy semejante a las encontradas en el Recinto de los Guerreros Águila.

Abajo:
El Recinto de los Guerreros Águila está situado entre las ruinas del Templo Mayor de Tenochtitlan y el edificio colonial que actualmente ocupa la Librería Porrúa, en la intersección de las calles Argentina y Justo Sierra, en el centro de la ciudad de México. Aún son desconocidos tanto el nombre que los mexicas daban a esta construcción, como las actividades que allí llevaban a cabo.



FOTO: IGNACIO GIBARRA / RAÍCES

pedras, formando así una plataforma sólida que serviría de base al nuevo edificio.

Resulta sorprendente que, en el corto lapso que dista entre aquel momento y la segunda década del siglo XVI, el Recinto de

los Guerreros Águila haya sido agrandado en tres ocasiones más. Sin embargo, esta época de furor constructivo terminaría con la llegada de los españoles: en 1521, tras un prolongado asedio, la capital mexicana cae y es

arrasada. El recinto se vuelve presa de la destrucción, conservándose tan sólo sus etapas más antiguas y profundas. Sobre sus ruinas se levantaría poco más tarde el primer convento de San Francisco y, tiempo después, una larga sucesión de edificaciones civiles.

Tuvieron que pasar más de cuatro siglos y medio para que, en 1980, el Recinto de los Guerreros Águila fuera arrancado al olvido. A partir de ese año la importantísima construcción prehispánica ha sido escenario de trabajos arqueológicos intensivos por parte del Proyecto Templo Mayor del INAH. Gracias a las exploraciones de Francisco Hinojosa (1980-1982), sabemos que en la época prehispánica se ingresaba a este edificio a través de un amplio pórtico sostenido por una columnata. Dos esculturas de cerámica que representan guerreros águila de cuerpo completo y de tamaño natural flanqueaban el vano de entrada al cuarto principal, lugar donde se encuentra el altar central. De este cuarto se pasaba a los siguientes por un estrecho pasillo protegido por dos figuras esqueléticas, también de cerámica. Se llegaba así a un patio rectangular limitado por dos cuartos con sendos altares.

Casi todas las paredes interiores del Recinto de los Guerreros Águila están decoradas con bellas pinturas sobre tierra y por largas banquetas policromas. Estas últimas tienen talladas en bajorrelieve procesiones de guerreros armados que confluyen a un *zacatapayolli*, bola de heno en la que clavaban las espinas ensangrentadas durante el ritual de autosacrificio. Las grandes analogías de estas banquetas con otras encontradas en Tula y Chichén Itzá, nos hablan del gusto mexicano por imitar estilos artísticos de civilizaciones más antiguas, en este caso de la tolteca.

Durante las dos últimas temporadas de campo (1991-92 y 1994), hemos emprendido estudios encaminados a dilucidar el tipo de actividades que la elite militar realizaba en el recinto. Con la colaboración del Instituto de Investigaciones Antropológicas de la UNAM, utilizamos dos magnetómetros y un resistivímetro, aparatos que nos permitieron descubrir la presencia de varias ofrendas, un drenaje y una subestructura bajo el piso de la construcción. Además, por medio del análisis químico de los pisos de estuco logramos detectar indicios de actividades rituales, como la ofrenda de alimentos, el autosacrificio y la combustión de copal.

Hasta la fecha han sido recuperadas seis ofrendas y un entierro. Este último corresponde a un individuo de alto rango –tal vez un militar– cuyo cadáver fue incinerado y sepultado al pie del recinto. Tres urnas de cerámica sirvieron como recipientes de sus cenizas y de una rica ofrenda funeraria compuesta por puntas de proyectil y cetros de obsidiana, agujas de cobre, garras de águila, discos diminutos de lámina de oro y textiles de algodón. De las tres urnas mencionadas, destaca un bellissimo vaso teotihuacano que data de la época de máximo esplendor de esta ciudad (400-650 d.C.). Con toda seguridad, este vaso fue el producto de una excavación realizada por los mexicas en el siglo XV d.C. en la ya entonces abandonada Teotihuacan.

Debido a que el Recinto de los Guerreros Águila está parcialmente enterrado por la calle de Justo Sierra, se decidió excavar dos largos túneles por debajo del andador turístico de la zona arqueológica. Después de tres meses de arduo trabajo quedaron visibles dos nuevos cuartos de grandes proporciones, decorados con pinturas murales, y más de 30 m de banquetas con



FOTO: IGNACIO GIBARRA / INACHES



FOTO: SALVADOR GUILLETTI

Arriba:
Consolidación *in situ* del
Mictlantecuhtli.

Abajo:
Seis han sido las ofrendas
recuperadas en las
excavaciones actuales. En
una de éstas fue localizada
una vasija que contuvo las
cenizas de un personaje de
alto rango.

una policromía casi intacta. No obstante, el hallazgo más impresionante de esta temporada fueron dos esculturas de cerámica colocadas sobre dichas banquetas y que flanqueaban un acceso hasta ahora desconocido. Ambas son semejantes en tamaño y proporciones a las dos esculturas de guerreros águila actualmente exhibidas en el Museo del Templo Mayor. Las imáge-

nes recién sacadas a la luz representan a Mictlantecuhtli, “Señor del Mundo de los Muertos”. Las dos están de pie y tienen dimensiones ligeramente superiores a las humanas. Un braguero y un par de sandalias son las únicas prendas que portan. Cada cabeza tiene decenas de perforaciones donde se insertaba cabello natural crespo, rasgo típico de las deidades de la muerte. Las esculturas, pese al rostro descarnado, tienen orejas prominentes. Sus brazos están flexionados al frente con las garras en posición de ataque.

La quinta temporada de campo concluyó en diciembre de 1994 y, con ella, este ciclo de exploraciones en el Recinto de los Guerreros Águila. Queda por delante una larga fase de análisis de los datos recabados durante los últimos catorce años. Esperamos que, en un futuro próximo, el trabajo conjunto de arqueólogos, restauradores, antropólogos físicos, biólogos y químicos, nos permita comprender mejor la vida religiosa de los militares mexicas que glorificaban la guerra y la muerte a filo de obsidiana. 